

peranza de que hundirá en el infierno á la loba que destroza á Italia. «¡Ah miserable y mal nacido! esclama, que desamparais á las viudas y á los huérfanos, y despojais á los débiles: que robais y os apropiáis el bien ajeno para emplearlo en dar festines, en hacer regalos de armas, de vestidos, de caballos, de dinero; en adornaros con magníficos trajes, en construir admirables edificios y que creéis todavía mostraros generosos. ¿Es eso otra cosa que quitar el paño del altar para cubrir el ladrón y su mesa? No se debe reír menos, tiranos, de vuestras habitaciones que del ladrón que llevara á su casa convidados, y pusiera sobre la mesa un mantel robado en el altar, marcado todavía con los signos eclesiásticos con la creencia de que no serían conocidos.»

Ambos reprenden á los italianos sus odios fratricidas, pero Dante parece más bien atizarlos. Petrarca exhortó á fray Busolari á permanecer tranquilo; secundó á los Escalígeros, cuando enviaron á pedir á la corte de Aviñón la señoría de Parma, é iba gritando: ¡Paz, paz, paz! sin recordar que vale menos que la guerra cuando no es honrosa, y cuando es necesario rechazar la astucia bárbara, y el diluvio reunido en extraños desiertos para inundar las risueñas campiñas de la Italia.

Descendientes ambos de padres güelfos, hablaron mal de la corte pontificia; pero por motivos diferentes: Dante por los males que causaba á la Italia y á la Iglesia; Petrarca por las disolutas costumbres, que producian su indignacion; de todos modos, aunque arrastrado por sus reminiscencias clásicas, aplaudió á Nicolás Rienzi, que restablecía el tribunal romano; aunque exhortó á Carlos de Bohemia á humillar la frente de Babilonia, no dejó de ser amado de los prelates y murió en opinion de santo; al paso que Dante anduvo errante, sospechoso de impiedad, y poco faltó para que sus cansados huesos fuesen inquietados en la paz del sepulcro.

En conformidad de sus índoles respectivas, Dante se atrevió, á despecho de la desaprobacion de los doctos y de la novedad de la tentativa, á describir en idioma italiano, el fundamento del universo entero (39). Aunque llegado después de este gran

te porque mostraba menos cortesía y urbanidad que los histriones y los bufones de su corte. *Memorab.*, 2. Habiéndole preguntado este señor: «¿Por qué me gusta más ese bufón que tú á quien elogian tanto?» Dante contestó: *No te sorprendería eso si hicieras memoria de que la semejanza de costumbres engendra la amistad entre las almas.*

(39) Fray Hilario escribía á Hugucione de la Faggiuola: «Segun he oído decir, antes de la pubertad intentó ocuparse en cosas inauditas, y (lo que es muy admirable) aquellas materias que los hombres más instruidos apenas pueden expresar aun en latín, trató de ponerlas claras, valiéndose del lenguaje vulgar, y no sencillo, sino músico... Llegó aquí al pasar por la diócesis de Luni, fuese movido de la religion del lugar, ó de cualquier otro afecto. Cuando le ví, sin conocerle, como tampoco los demás hermanos, le

ejemplo, creyó Petrarca que el idioma italiano convenia únicamente á las *inepcias* vulgares, que hubiera querido ver olvidadas tanto por los demás como por sí mismo (40). Petrarca cantó con una armonia llena de dulzura, la más tierna de las pasiones; Dante las pasiones fuertes, *dejando á un lado la elegancia y la dignidad*, de lo que le reprende Tasso. Juzgó conveniente hacer servir *versos ásperos y duros* de velo á la doctrina que queria tener oculta; y cuando habla de amor coloca en el paraíso á su dama. Petrarca versifica con aquella elegancia y delicadeza que usaba en su lenguaje, Dante, áspero y desdeñoso, sin dejarse nunca llevar por la rima, cambia, para usarla con más facilidad y ayudar al ritmo, el sentido ordinario de la palabra, ó las toma de otras lenguas (41).

pregunté qué queria y á quién buscaba. No respondió una palabra, y siguió contemplando en silencio las columnas y las vigas del claustro. Le pregunté de nuevo qué queria y á quién buscaba. Entonces, volviendo lentamente la cabeza, y mirando á los hermanos y á mí, respondió: *¡la paz!* Cada vez más deseoso de saber quién era, le llamé aparte, y habiendo hablado con él algunas palabras, le conocí, pues aunque no le habia visto nunca antes, su fama habia llegado á mis oídos hacia mucho tiempo. Cuando vió que clavaba en él los ojos, y que le oía con sumo interés, sacó un libro del seno, le abrió con aire de nobleza, y me lo presentó diciendo: *Hermano, esta es una parte de mi obra, que quizá no hayas visto; te dejo este recuerdo; no me olvides.* Estreché aquel libro contra mi pecho, y fijé en él la vista con gran cariño. Cuando ví que estaba en lengua vulgar, dejé ver en mi semblante la admiracion que experimentaba; me preguntó la causa. Respondí que me habia sorprendido que hubiese cantado en aquella lengua; tanto porque me parecia difícil y hasta increíble que hubiese podido expresar con palabras vulgares tan elevados pensamientos, cuanto porque no me parecia conveniente vestir tanta y tan digna ciencia con un traje plebeyo. «Tienes razon, dijo: yo tambien he pensado así, y cuando empezaron á germinar en mí las semillas de estas cosas, infundidas quizá por el cielo, elegí el idioma que me pareció más digno. No sólo lo elegí, sino que en él me puse á versificar de esta manera:

*Ultima regna canam fluido contermina mundo,
Spiritus quæ lata patent, quæ præmia solvunt
Pro meritis cuicumque suis.*

«Pero cuando pensé en la condicion del siglo presente; cuando ví que los cantos de los poetas ilustres estaban casi enteramente olvidados, y que los hombres generosos para quienes se escribian aquellas cosas en los buenos tiempos, habian ¡oh dolor! abandonado las artes liberales á manos plebeyas, entonces arrojé la humilde lira que habia empuñado, y templé otra más adaptada al oído de los modernos; porque en vano se dispone un alimento sólido para la boca de un niño de pecho.»

Luego que acabó de hablar de este modo, añadió afectuosamente que (si lo creia necesario) hiciese algunas pequeñas glosas sobre aquella obra, y os la trasmitiese después de anotada.

(40) *Ineptias, quas omnibus, et mihi quoque, si liceat, ignotas velim*, Senil, XIII, 10. *Cantica quorum hodie pudet ac panitet*. Famil. VIII, 3.

(41) Buena advertencia para no creerle una autoridad muy infalible, como ciertos comentadores, de una idolatria

Uno y otro tuvieron todos los conocimientos que era posible adquirir en su época; y son notorias las adivinaciones que alguno ha querido hallar de descubrimientos posteriores; pero Dante apenas conocia de nombre los clásicos griegos, y poco más á los latinos (42). Petrarca era el hombre más erudito de su época, y tomaba tanto de los extranjerros como de los nacionales, lo que le parecia mejor (43); sobre todo á Dante, de quien afectaba hacer poco caso (44). Tambien cuando creéis oír

pedantesca. «Yo que soy escritor (dice el comentador anónimo), oí decir á Dante, que jamás la rima le habia obligado á decir lo que no tenia en la mente, pero que él sí habia hecho decir muchas veces á las palabras en sus rimas otra cosa diferente de la que estaban acostumbradas á expresar en la pluma de los demás escritores.»

(42) Además del argumento que se puede sacar de su silencio, puede notarse la confusion que hace de ellos en el canto IV del *Inf.* Por otra parte, nombra como autores de *altísima prosa* á Tito Livio, Plinio, Frontino, Pablo Orosio. En el *Purgatorio*, VI, 49, hace ir á los árabes á Italia con Anibal, etc.

(43) Por ejemplo, Cino de Pistoya, se espresa de este modo dirigiéndose á los ojos de su dama:

*Poiché veder voi stessi non potete,
Vedete in, altri almen quel che voi siete:*

«Ya que por vosotros mismos no podeis veros, ved lo que sois en otros ojos.»

Y Petrarca dice:

*Luci beate e liete,
Se non che il veder voi stesse v'è tolto;
Ma quante volte a me vi rivolgete,
Conscete in altrui quel che voi siete:*

«Ojos bienaventurados y alegres, salvo que os está vedado veros por vosotros mismos: sin embargo, cada vez que os volveis hácia mí, conoceis en otro lo que sois.»

Se lee en un soneto de Cino:

*Mille dubbii in un dì, mille querelle,
Al tribunal dell'alta imperatrice, etc.*

«Mil dudas en un día, mil querellas en el tribunal de la alta emperatriz, etc. Finge que el amor y él litigan ante la razon. Al final dice ésta que para sentenciar tan importante litigio necesita más tiempo. Ahora bien, Petrarca reproduce esta idea en la cancion:

Quell' antico mio dolce empio signore:

«Aquel mi antiguo dueño dulce á la vez é implacable.» Donde la razon falla de este modo, después de oidas las partes.

*Piacemi aver vostre questioni udite,
Ma piu tempo bisogna a tanta lite:*

«Me place haber oído vuestros argumentos; pero pleito tan complicado necesita más tiempo.»

(44) Dice que siempre se guardó de leer los versos del Dante, y escribe á Boccaccio: «He oído cantar y estropear esos versos en las plazas. Hé de envidiarle los aplausos de los trabajadores en lana, de los bodegoneros, de los carniceros y de gentes de este jaez.» Esto no impide á Jacobo Mazzoni (*Difesa di Dante*, VI, 29) afirmar que Petrarca adornó su Cancionero con tan gran número de flores de la Divina Comedia, que se puede decir que las derrama más bien de las cestas que de las manos. Véase la *Paradoja de Pietrópoli*. Tambien Galvani comparó á Petrarca con los provenzales en su obra titulada *Observaciones sobre la poesia de los Trovadores*. Acostumbran los detractores

del lenguaje de la pasion, reconoceis una traduccion llena de elegancia; pero el arte está allí tan refinado, que los provenzales, los españoles ó los italianos á quienes ha puesto á contribucion, han perecido mientras que el cantor de Laura vivirá eternamente. Acontece á menudo al Petrarca ahogar el sentimiento bajo el lujo de ornamentos y detalles; Dante forma un todo compacto de los elementos que el otro desparrama, reúne las bellezas diseminadas; sacándolas menos del sentido que del sentimiento, y no deteniéndose nunca en particularidades (45). Su lengua participa de la rudeza y de la libre osadía del republicano; en la de Petrarca se refleja la urbanidad encantadora y la ingeniosa cortesania de un hombre habituado á vivir en las cortes. En el primero hay doctrina, en el segundo un gracioso encanto; el uno es un genio, el otro un hábil artista; éste terminó sus cuadros como el Albano, aquél toca los suyos como Salvador Rosa. Petrarca encanta como la melodía del laud nocturno; Dante hiere como la saeta disparada.

La poesia fué para Petrarca una distraccion, un entretenimiento, y nunca hubiera creído que fuesen tan queridas las voces de sus suspiros en rima (46). Ella fué el estudio principal del Dante, y por espa-

sin valor deprimir á un grande hombre, colocándole en la misma categoria que los hombres que le son inferiores. Ahora bien, Petrarca menciona dos veces á Dante como poeta de amor, poniéndole al nivel de fray Guido y de Cino de Pistoya. *Son. 257: Te ruego que en la tercera esfera saludes á Guido, á Maese Cino y á Dante. Tr. d'amore, IV: Allí están Dante y Beatriz, Selvaggia, Cino de Pistoya, y Guido de Arezzo.*

(45) Tomaremos por asunto de comparacion la descripcion de la tarde: DANTE. «Era la hora en que se despierta el deseo y se entenece el corazon de los navegantes, recordando el día en que dijeron adiós á sus amigos; la hora en que el nuevo peregrino se siente herido de amor si oye á lo lejos el sonido de la campana que parece llorar al moribundo día. «PETRARCA: Cuando se oculta el sol, los navegantes se entregan al reposo en algun cerrado valle sobre la dura madera ó bajo las ásperas jarcias; pero yo, aunque el sol se sumerja en las olas, dejando atrás á España, á Granada, á Marruecos, y aunque hallen trégua á sus males, los hombres, las mujeres, el mundo, no consigo poner término á mi obstinado afán.»

(46) Soneto 25, II. Dice en el prefacio de las cartas familiares haber escrito ciertas cosas vulgares para deleitar los oídos del pueblo; y en otra parte, que compuso para alivio de sus males, «sus poesias juveniles en lengua vulgar, por lo cual experimenta ahora arrepentimiento y sonrojo, aunque son muy saboreadas por los que padecen la misma dolencia.» *Famil.*, VIII, 3. Se espresa de este modo disculpándose cerca de aquellos que le acusaban de tener envidia al Dante. «Ignoro hasta qué punto puede haber envidia de verdad en pretender que tengo envidia á aquel que consumió toda su vida en cosas á que apenas he consagrado yo la primera flor de mis años; yo, que recurrí como una distraccion como reposo del alma, y refinamiento del espíritu á lo que fué para él un arte, si no el único, á lo menos el primero.» Después añade modestamente: «¿A quién podia tener envidia el que no se la tiene á Virgilio?» *Ep. fam.*, XI, 12.

cio de largos años le enflaqueció. Cuando le fueron devueltos en su destierro los primeros cantos de su poema divino, dijo: *Me han restituido un trabajo que me honrará eternamente* (47), y confiaba que aquel poema le permitiría ceñirse un día la corona de poeta en el baptisterio de su *hermoso san Juan*.

Naturalmente las poesías de Petrarca debían cundir en todas las clases, porque son fáciles y tratan del sentimiento más general. El poema de Dante no era composición de un género popular (48). Pero apenas hubo muerto se instituyeron cátedras para la explicación de la Divina Comedia. Esta explicación se hacía en las iglesias, y allí, como una voz que explicaba la doctrina, avivaba los entendimientos, escitaba á la emulación á los buenos, hacía sonrojar á los malos, é insinuaba

(47) BENVENUTO DE IMOLA en el cap. VIII del *Purgatorio*.

(48) Las anécdotas que se cuentan, en prueba de lo contrario, y el aserto del Petrarca, nos parece que no pueden referirse más que á sus versos amorosos ó á otros menos conocidos de forma completamente moderna y de una idea sencilla, como estos:

*Quando il consiglio degli augei si teune,
Di nicista convenne
Che ciascun comparisse á tal novella,
E la cornacchia maliziosa e fella
Penso mutar gonnella,
E da molt' altri augei accatto penne,
Ed adornossi e nel consiglio venne,
Ma poco si sostenne.
Perché pareva sopra gli altri bella.
Alcun domando l'altro: Chi e quella?
Sicchè finalmente ella
Eu conosciuta. Or odi che n'avvenne.
Che tutti gli altri augei le fur d'intorno,
Sicchè senza soggiorno
La pelar si, ch'ella rimase ignuda;
E l'un dicea: Or vedi bella druda!
Dicea l'altro: Ella muda;
E così la lasciaro in grande scorno.
Similmente divien tutto giorno
D'uom che si fa adorno
Di fama o di virtù, ch'altrui dischiuda,
Che spesse volte suda
Dell'altrui caldo tal, che poi agghiaccia;
Dunque beato chi per se procaccia.*

«Cuando se celebró el consejo de las aves hubo necesidad de que todas comparecieran en su seno, y la corneja maliciosa y aviesa pensó en cambiar de vestidura, y quitó plumas á muchas aves, y adornándose con ellas se presentó en el consejo; no obstante sostúvose poco tiempo, porque como parecía más hermosa que todas, preguntó una á otra: ¿Quién es esa? Hasta que por último fué conocida. Ahora bien, sabed lo que sucedió.

»Cercaronla todas las demás aves, de tal manera que en un abrir y cerrar de ojos la pelaron y quedó desnuda. Una decía: *Mira el pimpollo: Otra, Está desnuda*, y así quedó espuesta al comun escarnio.

»Lo mismo sucede cotidianamente al hombre que se engalana con la fama y virtud ajenas; y bajo una vestidura no hecha para él, suda y luego tiembla de frío. De consiguiente bienaventurado aquel que por sí solo sobresale.»

ideas de orden tan necesarias entonces. No ignoraba Petrarca que el Pó, el Tíber, el Arno aguardaban de él *enérgicos suspiros*; sin embargo, los exhaló lánguidos únicamente; y como el giro sentimental hace incurrir fácilmente en faltas contra el gusto, quizá consistió en su castigada elegancia la primera causa del extravío que se nota en los escritores del siglo XVI (49). Encontró, en efecto, multitud de imitadores que paliaron la necedad de las ideas y la frialdad del sentimiento bajo la forma acompasada del soneto, y que en el momento en que la patria reclamaba consuelos, ó al menos lágrimas, no supieron más que ensordecera con fastidiosas lamentaciones sobre la vida y muerte. El estudio de Dante requería serios conocimientos en filología, con objeto de comparar, pesar las frases y palabras; después en historia, para encontrar los hechos anteriores á las catástrofes que refiere la genealogía de aquellos heroes; después en teología para conocer el sistema del poeta, y ponerlo frente á frente con los padres, con los místicos, los escolásticos; en fin, en filosofía para apreciar su manera de argumentar, la precisión del pensamiento, los elementos de la ciencia. Abrió, pues, la carrera á una crítica más estensa: así es que Benvenuto de Imola y Boccaccio (50) elevan su vuelo, cuando viajan con el gran poeta. Fué, en efecto, el primer genio de los siglos modernos; él fué el que descubrió cuantos pensamientos profundos y cuan elevada poesía permanecían latentes

(49) Por ejemplo, sus frecuentes retruécanos sobre el nombre de Laura; la *gloriosa columna sobre la cual se apoya la esperanza*; el *viento angustioso de los suspiros*; el *fuego de los mártires*; las *amorosas llaves*; el *laurel que conviene cultivar con el arado de la pluma*, con *suspiros de fuego*; el *torbellino interior que afloja el cordaje ya fatigado de su nave*, hecho por el error y retorcido por la ignorancia. Son del mismo género las analogías que halla entre cosas inconexas; por ejemplo, entre él y el águila, cuya vista sostiene los rayos del sol; y también el dolor que de hombre vivo le convierte en verde laurel. A veces no respeta en sus retruécanos las cosas sagradas; por ejemplo, cuando compara la *Judea que prefirió Cristo al bajar á la tierra para aclarar la Escritura*, al *pueblecillo donde nació la hermosa dama*; y cuando pone en parangón al *anciano de cabellos blancos que va á Roma á contemplar á aquel á quien esperó ver en el cielo*, consigo propio buscando la *forma real de Laura*. Bembo, el famoso admirador de Petrarca, confiesa haber leído cuarenta veces sus dos primeros sonetos sin llegar á entenderlos, y no haber encontrado nunca quien los entendiese á causa de las contradicciones que ofrecen. *Carta á Félix Trofino*, libro VI.

(50) La *Vida de Dante*, escrita por Boccaccio, aunque llena de declamaciones y digresiones, nos ha conservado preciosas anécdotas relativas al gran poeta. En sus comentarios á la Divina Comedia, explica paso á paso, primero el sentido literal, luego el alegórico, y si bien algunas cosas son triviales hasta lo sumo, pues se entretiene en decir quiénes fueron los primeros padres, y quiénes Abel y Cain, muestra, sin embargo, bastante inteligencia, tanto respecto de la gramática, como de la historia y las doctrinas. Se extiende sólo á diez y siete cantos.

bajo la aspera corteza de la Edad Media; quien reveló á las ideas populares su grandeza; y quien, precisando sin cesar á pensar, persuadió de que la poesía es una cosa mejor que formas vacías y combinaciones sonoras.

De aquí su gran influencia sobre las bellas artes, porque, aun admirando la antigüedad, Dante creía firmemente en los dogmas católicos. Ahora bien, formó de sus admiraciones y creencias una mitología en parte original, que hizo olvidar las tradiciones conservadas entre los artistas. La manera con que había dispuesto los reinos invisibles ofreció nuevos asuntos á los pintores, que imprimieron hasta en los mismos santos pensamientos más profundos, en lugar de aquel aire de beatitud satisfecha, bajo la cual se habían representado hasta entonces.

Dante es el intérprete del dogma y de la ley moral, como Orfeo y Muséo; Petrarca es el intérprete del hombre y de su naturaleza íntima, como Alceo, Simónides y Anacreonte. El primero representa, como lo hace siempre la epopeya, una raza entera, una edad y el conjunto de las cosas de que se compone la vida; el segundo describe la existencia individual. Así es que éste es comprendido en toda época; la admiración con respecto al otro sufrió interrupciones y crisis (51); pero sólo volviendo á él podrá la Italia vencer su adormecimiento ó separarse de los *turbios rios* de todo borron extranjero.

Otros escritores. —Cino de Pistoya, comentador del Código, merece algun recuerdo después de estos dos grandes escritores. Desterrado como gibelino, era llamado á porfía por las universidades. Los versos en los que cantó, en rima vulgar, la bella Selvaggia, pasan por ocupar el medio entre el vigor de Dante y la dulzura de Petrarca; pero nos parecen oscuros y llenos de alambicamientos platónicos. Dante asegura, no obstante, que las canciones de Cino y las suyas habían elevado el magisterio y el poder de la lengua italiana, que componiéndose antes de palabras ásperas, de construcciones dudosas con una pronunciación defectuosa y acentos campesinos, había sido transformado por ellos en un idioma (52). Cecco Stabili de Ascoli, autor del *Acerbo*, poema filosófico en que no brillan ni la poesía ni la ciencia, ataca al gran Alighieri con el despecho del hombre que no puede ni con mucho alcanzar á su émulo. Fné quemado en Florencia como mago. Fazio de los Uberti describió en el *Dittamondo* un viaje tomando por modelo al geógrafo Solin. Es una obra mal concebida y peor ejecutada. Federico de Frezzi de Follino describió en tercetos, en el *Quadriregio*, los

(51) La *Divina Comedia* pareció á La Harpe una *rap-sodia informe*; á Voltaire una *amplificación estúpida y bárbara*. Se hicieron de ella 42 ediciones en el siglo XVI, 4 en el XVII: en el nuestro lleva más de 100.

(52) *De Vulg. Eloq.*, lib. I, c. 17.

cuatro reinos del Amor, del *Demonio*, de los Vicios, y de las Virtudes. Minerva conversa en él con los profetas Enoch y Elias. El legista Francisco Barberino trató en los *Documenti de Amore* de filosofía moral, política, urbanidad, y hasta táctica, en un metro variado, y en estilo puro, fácil y elegante; pero este poema no nos ayuda á conocer las costumbres de la época, como parece anunciar el título. Compuso también un tratado del *gobierno* y de las *costumbres de las mujeres*, que ha permanecido inédito hasta nuestros días (Roma, 1815). Da en él reglas para las diferentes condiciones de las mujeres en las diversas edades, en versos sofisticos mezclados de prosa, ya que no parezca prosa todo (53). Es una obra prolija, fastidiosa, pero cuya intención es buena y el lenguaje hermoso. El barbero Burchiello, cuyas ideas enteramente vulgares están espresadas en términos de callejuelas ó de lupanares, se lee aun por su naturalidad, tan rara entre los demás autores italianos. Justo de los Conti, débil imitador de Petrarca, ha cantado á la *Hermosa mano* de su dama. Estos escritores no han valido á su patria ni gloria, ni placer; y no se mencionan en este lugar más que por su antigüedad. Hubo también un preceptista: el veronés Guido de Sommacampagna escribió en 1360 el *Tratado y el arte de las rimas vulgares*, donde inserta una serie de composiciones suyas, como ejemplo de las varias formas que se usaban entonces (54).

Hemos visto cuánto debió la prosa italiana á Dante en ejemplos y preceptos. Las cartas de Guilton de Arezzo, menos despreciables que lo que hace creer la altanera reprobación del poeta, le son anteriores. Tenemos de santa Catalina de Siena versos desgraciados y cartas en las que los que estudian las bellezas y riquezas del estilo encuentran mucho que aprovechar (55). El dominico Jacobo

(53) Apelo á los primeros pretendidos versos, *si digito callemus et aure;*

Novellamente, Francesco, parlai
Coll'onestade;
Ed à preghiera di molte altre donne
Mi lamentarco lei, e dissi
Ch'erano molti, ch'avean scritti libri,
Costumi ornati d'uom, ma non di donna.
Sicch'io pregava lei
Che per per amor di sé,
E per amor di questa sua compagnia,
Ch' á nome cortesia;
Ed anco per vestir le'altre donne con meco
Di quello onesto manto, ch'ella hæ seco,
E ch'ella porge a quelle che vog ion camminare
Per la via d'costumi, degnasse di parlare
Con questa donna, che si appella Industria;
E seco insieme trovassono uno modo
Che l'altra donna, ch'ha nome Eloquenza,
Parlasse alquanto di questa materia,
E'l suo parlare si trovasse in scritto,

(54) Ms. existente en la biblioteca de Scipion Maffei. Véase *Verona illustrata*, P. II, I, 2.

(55) Además de la Pisani y de la siciliana Nina, cita-